

El Imam Ali (P) y la política

Por Sheij Abdul Karim Paz

Se puede decir que desde el mismo momento en que se impidió al Imam ‘Alî Ibn Abî Tâlib (P) asumir el califato, o bien cuando se lo enfrentó en el período que efectivamente lo ejerció, se introdujo la primera fisura en el sistema monoteísta en donde el atributo del Señorío divino supone el gobierno universal de Dios Altísimo de todo el universo y por lo tanto también el mundo de los seres humanos. En el Sagrado Corán está claro que Dios ejerce Su gobierno en este mundo sin coerción, por medio de la sumisión de los seres humanos al gobierno y guía de Su representante, Su califa o regente.

Desde el momento en que se aceptaba que siendo el Imam Ali, el Comandante o jefe (Amir) de los Creyentes, y siendo reconocido unánimemente como la puerta de la ciudad de la sabiduría por la distinción que le otorgó el Profeta Muhammad (BPD) cuando sentenció: “Yo soy la ciudad de la sabiduría y Ali es su puerta, quien aspire al saber que entre por la puerta”, debía ser obedecido por el resto de los musulmanes como medio de revivir la guía divina. Siendo que el Profeta lo había nombrado su visir, su albacea y sucesor, el Imam Ali (P) era el resguardo del sistema monoteísta para que éste persista como tal en su ejercicio. Al impedirle la asunción del califato se introduce la semilla de lo que con el tiempo devendría en un concepto ajeno a la tradición monoteísta y a la prédica de los Profetas: el de la separación entre la religión y la política. Al Guía de los piadosos no se le disputaron sus títulos religiosos ni sus evidenciadas virtudes y aptitudes espirituales, morales y físicas, pero sí la conveniencia de que asumiera el poder político por diversas y variadas razones o sinrazones. Las dinastías monárquicas y usurpadoras de los Omeyas y Abásidas no harían sino aumentar al extremo la brecha entre la religión y la política, puesto que si bien se decían sucesores o califas del Profeta, desde Mu‘awiah ya nunca más fue menester ser el más sabio, piadoso y justo para gobernar hasta el triunfo de la Revolución Islámica en Irán y la instauración del sistema de la Wilaiat del Faqîh que suele traducirse como el gobierno del Sabio.

Veamos en el Comandante de los creyentes, ‘Alî Ibn Abî Tâlib (P) cómo está considerada la política. ¿Es acaso intrínsecamente mala, como gustan decir algunos, decepcionados por la corrupción de la mayoría de los políticos? Quién no escuchó la famosa frase, el poder corrompe. Sin duda que los profetas, los Imames y los gobernantes justos y sabios son una prueba de la posibilidad humana de ejercer la autoridad política sin corromperse ni corromper.

El código o constitución sobre la base del cual se gobierna en el Islam es el Sagrado Corán y éste condena categóricamente la corrupción, la opresión, la injusticia, la mentira, la explotación en cualquiera de las áreas de una sociedad organizada, sea la económica, la política, la judicial, la cultural, la social, la militar, etc.

El Islam nos enseña que Dios ha elegido representantes para gobernar a los hombres entre los mejores y más virtuosos de la creación para garantizar la justicia, la paz y la

felicidad de la gente. «¡Creyentes! Obedeced a Dios, a Su Profeta y a los que tienen autoridad entre vosotros» (S. Corán 4:59). El Corán condena explícitamente la opresión y la tiranía que aparecen cuando los hombres abandonan la obediencia a los hombres que Dios ha elegido, los Profetas, los sabios y piadosos líderes como Noé, Abraham, David, Salomón, Moisés, Jesús y Muhammad, para nombrar sólo algunos, o bien aquellos que legítimamente gobiernan en el nombre de aquellos.

Dijo el Profeta Muhammad (BP): “Aquella nación o gobierno donde los derechos de los desposeídos, necesitados y oprimidos no son protegidos, y donde a las personas importantes y poderosas no se las fuerza a satisfacer esos derechos, no puede alcanzar la salvación”.

Dijo el Imam ‘Alî (P): “Observa a tu Imam (Guía, máxima autoridad política y religiosa de los musulmanes) a quien le fueron suficientes en este mundo sólo dos prendas viejas y dos trozos de pan. Sé que mañana mi morada será la tumba. Su oscuridad cubrirá mis huellas y no permitirá que lleguen al mundo noticias mías. Después de todo, una tumba es un pozo, y por más que se lo prepare amplio y grande, el tiempo reducirá gradualmente sus medidas y lo llenará de tierra y piedras. Mi atención se concentra en una sola cosa: conservar mis deseos bajo control a través del amor a Dios y la piedad, de manera tal que en este mundo no cometa faltas ni pecados, y el Día del Juicio, cuando el temor y el espanto sean la suerte de mis obras, pueda sentirme seguro, a salvo y satisfecho. Si hubiese querido habría podido abastecerme de la miel más pura, las mejores provisiones de trigo y ropas de la seda más fina. Pero no es posible que me dominen los deseos inmoderados y me impulsen a adquirir todo esto, mientras en el Hiyaz y Yemen pueda haber personas que hayan perdido la esperanza de obtener un pedazo de pan, gente que nunca puede satisfacer completamente su hambre.

¿Acaso estaría contento con que se me llame “Amîr Al Mu’minîn” (Comandante, Jefe de los creyentes) y no me compadeciera de los musulmanes? ¿Acaso podría no compartir sus adversidades y no ser el más sufrido entre ellos?... Estoy seguro que hay quien dice que si el hijo de Abî Tâlib (él mismo) come tan poco y vive en el límite de la inanición, seguramente habrá de debilitarse y quedará exhausto, sin capacidad para enfrentar al enemigo en el campo de batalla. Pero debes recordar que los árboles fuertes crecen en el desierto, teniendo una madera potente, mientras que los que se encuentran en tierras pantanosas tienen una corteza delgada y una madera blanda...”

Dijo del Imam ‘Alî (P) el segundo Califa, ‘Umar Ibn Al Jattâb: “Ali (P) merecía el califato, pero (la tribu) de Quraish no hubiera sido capaz de soportar su gobierno, ya que si él se hubiese convertido en califa, habría impulsado a la gente a aceptar la verdad y a seguir el sendero recto. Bajo su califato los quraishitas no hubieran podido transgredir los límites de la justicia, y hubiesen buscado entrar en guerra contra él”.

El Imam ‘Alî (P) tuvo que luchar contra tres tipos de desviaciones entre los mismos musulmanes. Los adoradores del dinero y de lo mundano. Los sediciosos políticos de doble discurso capaces de cualquier cosa para obtener el poder y los santurrones fanáticos de peligrosa y agresiva ignorancia: nâkizûn, qâsitûn y mâriqûn respectivamente.

Los tres se lanzaron sobre el gobierno absolutamente legítimo de Ali (P) tanto para Dios como para la Ummah. Y el Imam luchó contra ellos sin permitir o consentir con la mentira y la desviación de la senda profética de gobierno.

La carta en la que el Imam Ali (P) instruyó a su comandante, Mâlik Al-Ashtar, cuando lo envió para gobernar en Egipto, contenida en el Nahyul Balâgah la obra que recopila parte de sus sermones y cartas, es un tratado de política profética. A respecto de esta carta de Ali Ibn Abi Talib (P) dijo Kofi Anan, el Secretario de las Naciones Unidas: “Los principios proclamados en la Declaración Universal de Derechos Humanos tienen profundas raíces en la historia de la humanidad. Se los puede encontrar en las enseñanzas de todas las grandes culturas y tradiciones religiosas del mundo, el Islam entre ellas. El Imam ‘Alî... sucesor del Profeta Muhammad al frente del califato, instruyó al gobernador de Egipto Malik Al Ashtar para que gobernara con misericordia y tolerancia hacia todos sus súbditos con estas palabras:

“¡Malik! Debes ser amable, compasivo y amar a tus súbditos. No te comportes con ellos como una bestia voraz y rapaz, considerándolos como una presa fácil, pues ellos, una de dos: o son tus hermanos en religión, o se equiparan a ti en su condición de seres humanos”.

En conclusión podemos decir que para el Islam y para el Imam Ali (P), su máximo exponente después del Profeta Muhammad (BPD), la política es la ejecución del señorío divino en el orden de las relaciones humanas y cuando esto se da, Dios es adorado en la forma más excelsa.

Que Dios bendiga al Imam Jomeini por haber rescatado en nuestra época el concepto profético de la política y del gobierno y a Aiatul·lah Jamenei por continuar este desafío.